

«¡Pongamos en práctica la Palabra del Señor!»

Estas citas de la Santa Biblia nos hacen darnos cuenta de lo que significa poner en práctica o no la Palabra de Dios:

(No todo el que me dice «Señor, Señor» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Aquel día muchos dirán: «Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?». Entonces yo les declararé: «Nunca os he conocido. Alejaos de mí, los que obráis la iniquidad». El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande). Mateo 7,21

Estas afirmaciones de Jesús nos permiten ver que poner en práctica su palabra es signo de sabiduría y tienen la finalidad de alejar la desgracia de nuestras vidas, para una protección segura de él, evitando las consecuencias de los azotes que el Señor pueda enviarnos a los hombres a causa de nuestros pecados y, por tanto, de nuestra desobediencia.

(¿Por qué me llamáis «Señor, Señor», y no hacéis lo que digo? Todo el que viene a mí, escucha mis palabras y las pone en práctica, os voy a decir a quién se parece: se parece a uno que edificó una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo derribarla, porque estaba sólidamente construida. El que escucha y no pone en práctica se parece a uno que edificó una casa sobre tierra, sin cimiento; arremetió contra ella el río, y enseguida se derrumbó desplomándose, y fue grande la ruina de aquella casa). Lucas 6,46

Esta cita del Evangelio, muy similar a la anterior, nos permite ver que es inútil acudir al Señor invocándole si no escuchamos y ponemos en práctica lo que él dice.

(Tened esto presente, mis queridos hermanos: que toda persona sea pronta para escuchar, lenta para hablar y lenta a la ira, pues la ira del hombre no produce la justicia que Dios quiere. Por eso, desechad toda inmundicia y la carga de mal que os sobra y acoged con docilidad esa palabra, que ha sido injertada en vosotros y es capaz de salvar vuestras vidas. Poned en práctica la Palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era. Pero el que se concentra en una ley perfecta, la de la libertad, y permanece en ella, no como oyente olvidadizo, sino poniéndola en práctica, ese será dichoso al practicarla. Si alguien se cree religioso y no refrena su lengua, sino que se engaña a sí mismo, su religiosidad está vacía. La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo). Santiago 1,19

Estas afirmaciones evangélicas nos permiten ver que no debemos limitarnos a escuchar la Palabra del Señor, sino que debemos poner en práctica la Palabra que escuchamos para obtener la salvación a través de nuestra obediencia.

No es posible salvarse sin poner en práctica la Palabra del Señor. Todo ello conduce además al bienestar espiritual, que es la verdadera felicidad que los seres humanos debemos buscar cada día.

(Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: «¿Qué son esos estatutos, mandatos y decretos que os mandó el Señor, nuestro Dios?», responderás a tu hijo: «Éramos esclavos del faraón en Egipto, y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte. El Señor hizo signos y prodigios grandes y funestos contra el faraón y toda su corte, ante nuestros ojos. A nosotros nos sacó de allí, para introducirnos y darnos la tierra que prometió con juramento a nuestros padres. Y el Señor nos mandó cumplir todos estos mandatos, temiendo al Señor, nuestro Dios, para que nos vaya siempre bien y sigamos con vida, como hoy. Esta será nuestra justicia: observar toda esta ley ante el Señor, nuestro Dios, cumpliéndola, como nos ordenó»). Deuteronomio 6,20

Estas citas del Deuteronomio nos permiten ver que debemos poner en práctica la Palabra del Señor, respetando así su ley y demostrando nuestro recto temor a él, protegiendo nuestra vida y proyectándola a una vida eterna en paz y bienaventuranza sin fin. Poner en práctica la Palabra del Señor es ser juzgados como hombres justos, por haber practicado la justicia de Dios en el cumplimiento de su ley.

(Mira: yo os propongo hoy bendición y maldición: la bendición, si escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy; la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor, vuestro Dios, y os apartáis del camino que yo os mando hoy, yendo en pos de otros dioses que no conocéis. Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra adonde vas a entrar para tomarla en posesión, darás la bendición en el monte Garizín y la maldición en el monte Ebal. ¿No están ambos al otro lado del Jordán, detrás del camino del poniente, en la tierra de los cananeos, que habitan en el Arabá, frente a Guilgal, cerca de la Encina de Moré? Cuando paséis el Jordán para entrar a tomar posesión de la tierra que el Señor, vuestro Dios, os da, y la hayáis tomado en posesión y habitéis en ella, procurad cumplir todos los mandatos y decretos que yo os propongo hoy). Deuteronomio 11,26

Estas palabras del Señor dirigidas al pueblo de Israel no se dirigen únicamente a él, sino a todos nosotros, pues somos descendientes de aquel pueblo elegido por el Señor, con el que estableció una alianza para siempre por medio de la ley entregada a Moisés: los diez mandamientos. Estas palabras del Señor, por tanto, pretenden que pongamos en práctica su ley, para que no nos encontremos con la maldición que él ha puesto ante nosotros, que consiste en los distintos males que el Señor puede infligirnos en cualquier momento de nuestra vida y, en el peor de los casos, el tormento de la condena eterna.

(Moisés y los sacerdotes levitas dijeron a todo Israel: «Calla y escucha, Israel: hoy te has convertido en el pueblo del Señor, tu Dios. Escucharás la voz del Señor, tu Dios, y cumplirás los preceptos y mandatos que yo te mando hoy»). Deuteronomio 27,9

Esta cita del libro de Moisés también nos permite entender que el pueblo de Israel, al igual que todos nosotros, estaba obligado a obedecer la voz del Señor respetando sus mandamientos. Nuestra desobediencia no puede justificarse por el hecho de que hayan pasado más de tres mil años desde la época de Moisés hasta hoy, porque el Señor es un espíritu que vive eternamente y su ley es válida por los siglos de los siglos.

(Moisés escribió esta ley y la consignó a los sacerdotes levitas que llevan el Arca de la Alianza del Señor, y a todos los ancianos de Israel, y les mandó: «Cada siete años, en una fiesta del Año de la Remisión, en la fiesta de las Tiendas, 11 cuando todo Israel acuda a presentarse ante el Señor, tu Dios, en el lugar que él elija, se proclamará esta ley ante todo Israel, a sus oídos. Congrega al pueblo, hombres, mujeres y niños, y al emigrante que esté en tus ciudades, para que escuchen y aprendan y teman al Señor, vuestro Dios, y observen todas las palabras de esta ley para cumplirla»). Deuteronomio 31,9

Esta cita del Deuteronomio también nos muestra cuál era la importancia de la ley del Señor para el pueblo de Israel y, con razón, para todos nosotros, demostrando nuestro temor de Dios al aplicarla.

(Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios). Ezequiel 36,25

Estas palabras del Señor a través del profeta Ezequiel nos muestran lo importante que es para el Señor aplicar su ley, es decir, sus mandamientos, para que el Señor pueda reconocernos como hijos suyos.

(Cumplid todas mis leyes y mandatos poniéndolos por obra. Yo soy el Señor). Levítico 19,37

Esta afirmación del Señor es todo un mandamiento destinado a hacernos aplicar sus mandamientos, respetando su señorío o soberanía, ya que él es el dueño y señor de todo lo que ha creado en el cielo y en la tierra.

(Porque acerca de la justicia que viene de la ley, escribe Moisés que la persona que hace estas cosas vivirá por ellas). Romanos 10,5

Esta importantísima afirmación que Moisés hizo bajo la inspiración del espíritu de Dios nos muestra que si ponemos en práctica la Palabra del Señor, observando así su ley, obtenemos por justicia la vida, la vida eterna en paz y bienaventuranza sin fin, porque ya vivimos nuestra vida presente para demostrarle al Señor nuestro amor por él. De lo contrario, uno se enfrenta al tormento eterno profetizado por el Señor en la siguiente declaración del Evangelio:

(Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna). Mateo 25,46

Se recomienda leer el documento «Cumplimiento de los mandamientos de Dios.pdf».

El Mensajero de Dios